

Con el amigo

Virginia Maza

Aunque el imperativo pretenda hablarnos de huellas, no recorreré nostalgias. Una vez asegurado, el recuerdo –de servir– solamente sirve para que a veces nos duela la memoria (eso solo se cura con cariños) o para sostener formando mimbres precarios la experiencia velada del presente y, como mucho, unos cuantos minutos más (cinco, diez, quizás mañana o la semana que viene) a los que nos asomamos como en un balcón abierto al Gran Cañón del Colorado. Para mí Carlos Forcadell es presente líquido y futuro paladeado, ese futuro que es el reino privado de la imaginación y del deseo del querer, ser y hacer. Es la próxima cita de la semana, que les da a lo que ha venido y a la espera un poco más de sentido y alegría.

Han existido, existen y existirán tantos universos irrepetibles y completamente únicos como seres los miran desde sus ojos, desde la perplejidad y el asombro hasta la risa (como la Mona Lisa de Tucholsky) o el miedo. También nosotros somos tantos como los que nos miran, que se transforman a su vez con la mirada y la compañía. No puedo decir aquí quién soy yo en el contacto y el encuentro con el que es mi amigo, ni todo de lo que es él visto desde mi universo, porque sería quitar la gracia del suponer. Pero sí diré que es, ante todo, mi gran amigo en esta ciudad que tiene tacto áspero de cemento, como si le faltara el revestimiento o algún forro de tela, y muchos tonos grises, por mucho que a veces ofrezca cielos que no he visto en ninguna otra ciudad del mundo.

Así, aquí y ahora me resulta difícil desligar los «saberes transmitidos» por huellas y docencias del saber compartido con y por el amigo. Que hay muy poco de pasado y mucho del presente que se anda en un *Wandern, herum, hin und her*, en un delicioso paseo sin rumbo fijo. El saber que es respiración, gusto por el gusto y caminar cogidos por el brazo por ese reino privado de la imaginación en el que las huellas se hacen al pisar en haciendo.

Y regalo a Rilke.

*Will dir den Frühling zeigen, der hundert Wunder hat.
Der Frühling ist waldeigen und kommt nicht in die Stadt.
Nur die weit aus den kalten Gassen zu zweien gehn
und sich bei den Händen halten - dürfen ihn einmal sehn.*

Déjate ver la primavera que está llena de prodigios.
La primavera que le pertenece al bosque y no entra a la ciudad.

Solo los que van lejos, muy lejos, de las frías calles de a dos
y bien cogidos de la mano, solo ellos la pueden llegar a ver.

Yo a Carlos, lo cojo siempre del brazo para que llevándolo sea él quien me lleve a mí y porque el afecto se deja transpirar también con el tacto, creando alrededor un universo privado de *folie à deux* como si fuera una burbuja, o un Nautilus de miniatura. Por eso, aquí, solo voy a fijarme en lo pequeño, que debe serlo para poder caber en nuestro minúsculo submarino.

En esta ciudad que me recuerda una obra abandonada, un esqueleto bimilenario de cemento y hormigón a orillas de un mar de tierra seca azotado por las tempestades y en el que solo pueden florecer los molinos de viento, Carlos Forcadell es para mí delicadeza centroeuropea con aire de café tras ventanales salpicados de lluvia, ruido de empedrado de Heidelberg y sonido a viejas cartas. Es comprensión y entendimiento de lo humano, el tacto suave en lo íntimo, el contacto verdadero. Es literatura. Es boca que sonríe porque ve, entiende y cuida.

«Mientras vivamos, mientras estemos entre los seres humanos, cultivemos nuestra humanidad» llamaba Séneca en *Sobre la ira* y a mí Carlos Forcadell, que se vive siempre en presente, me ha compartido como enseñanza el deleite de lo no productivo, el conocimiento como entretenimiento y satisfacción, la búsqueda del saber amplio y extenso como redes de neuronas y que se entiende como juego, que no se parcela, que es actividad del ser humano vivido en su integridad y que se reconoce como tal y se despliega. El conocimiento que se encuentra lo mismo en la belleza de una poesía que en el más lento de los ensayos académicos, y que vaga en un caminar entretenido a ritmo de dos por cuatro. Pero siempre libre del peso anquilosante de la erudición cuando esta solo se construye para servir a exigencias.

Para mí Carlos, en el conocimiento y en la forma de enseñar a aprender, es deleite y hombre que juega.



La traductora del libro *Los comentarios manuscritos de los caprichos de Goya*, Virginia Maza, con uno de sus autores, Helmut C. Jacobs, 2019.



Con Virginia Maza, Pilar Aznar, Aurora Egido, Ignacio Peiró y María Angeles Naval, tras su intervención en el ciclo de conferencias de los profesores eméritos de la Universidad de Zaragoza, 2017.

Ese mismo juego está también en la generosidad del encuentro, en el que es favorecedor de reuniones y tejedor de lazos. Es cuidador y presentador, observa desde la distancia que da la sonrisa, la conciencia de la levedad, para dar toques suaves que cambian unos grados mínimos pero decisivos el rumbo y con los que cubrir necesidades y favorecer estallidos. Más allá de la producción intelectual, su legado sería ese, porque está en muchos y muchas y porque es un acto puramente generoso, esos toques minúsculos, delicados, muchas veces invisibles y muchas más no apreciados. Carlos presenta, sugiere, deja escapar una palabra descuidada en una conversación casual, siempre atento, nombra a alguien al conversar con otro, te da un papel, recuerda que leyó no sé qué, hace coincidir con el de allá... Y siempre tanto en lo académico y profesional como en lo personal, en esa visión íntegra del mundo. ¿O no estamos todos aquí jugando, por mucho que se traten asuntos muy serios?

Pero sonrisa y juego no son sinónimo de ligereza. Claro. Desde luego que el saber y el poder son asuntos tan serios como el propio hombre. Pero siempre que se pongan a su servicio (¿se dobleguen?), siempre para el cultivo de la humanidad. Saber que no es instrumento sino satisfacción y construcción de libertad, poder que escuece en quien proviene de los que no lo han tenido si no se utiliza para ponerlo al servicio de los demás, del Otro. Porque sí, es muy serio, pero a diferencia del saber nada vale en sí mismo. Otro saber legado.

En lo intelectual es tan aglutinador y discreto como en lo personal. E independiente. Un saber que se sirve a sí mismo y que sirve para la construcción, personal y social. Un saber comprometido y que no pierde tampoco el gusto por el gusto, porque en esa inutilidad encuentra

también el sentido social. Una labor intelectual que busca del cuidado de lo humano y del humanismo, que no conoce de fronteras artificiales ni se agota en las tiranías de lo académico.

Como en lo personal, cuando Carlos Forcadell te dirige, no conduce, sino que alimenta y acompaña. Regala indicios con los que ayudarte a respirar, si quieres, pero dándote libertad entera para que seas tú quien llegue, elija y avance adonde quiera. Y aquí (debido): gracias por no haberme querido nunca determinar, sino acompañar y disculpas (sobre el papel) por haberlo dejado para ocuparme de otras cosas tantas veces. Gracias por el regalo de una pasión intelectual que es curiosidad pura y, con ello, insaciable, que se marca por el rigor y por la independencia, por beber de todo tipo de fuentes y por ser aglutinadora y comprometida con uno y con el mundo.

Y no puedo terminar sin decir que el Carlos del juego, el Carlos de los encuentros, el Carlos del conocimiento amplio, degustado y enraizado es también feminista en todas las facetas de su vida a las que he podido acceder. Convencido en la idea y en el acto, sin duda un legado compartido de su esposa. Ojalá fuera tan animalista, aunque nadie me entendió tanto como él en una pérdida dolorosa de una compañera con plumas.

Acabo aquí un relato a pinceladas, construido por superposición de instantes, como los pedacitos de un caleidoscopio de todo a cien. Para con ellos, llegar también a dar el aroma de ese legado compartido de humanismo, de saber independiente y que respira hacia el hombre y su sociedad, al servicio del otro y de lo común, sin dejar nunca de saciarse en sí mismo, de hombre que juega, sonríe y cuida, y que sabe recordarse y recordar a quien lo mira que la curiosidad tiene una sed infinita y que no hay que ahogarla por la búsqueda de réditos y dividendos.

Gracias a Carlos por lo generoso en todo lo grande que puede abarcar la palabra y por hacerme sentir siempre con el amigo.